dieciséis hijos, y acababa de separarse de su esposo porque sus caracteres eran enteramente opuestos; á tres hermanas solteras, para las cuales no había honra, ni virtud, ni matrimonio bien avenido en el mundo; á una marquesa que, poseyendo una gran fortuna, había tenido gusto en gastársela casi por completo en un pleito que sostenía veinte años hacía con el Estado sobre no se qué insignificante carga de justicia; á la viuda de un escribano del crimen que se había hecho rica en poco tiempo haciendo jugadas de Bolsa, es decir, facilitando su dinero para que las hiciera en su nombre un cuñado suyo, grande práctico en operaciones bursátiles, pero temía que también el cuñado la hiciera pobre más fácilmente que la había hecho rica, pues hacía un mes que no se le encontraba por ninguna parte, y se creía que se había ausentado de Madrid, llevándose todos los títulos, obligaciones, bonos, cupones, etc., etc., de su estimadísima cuñada...

Cuando salí de casa de Soledad eran los doce de la noche, y Madrid estaba cubierto de nieve.

No había en la calle alma viviente; á lo menos, no ví á nadie.

Tomé la calle del Caballero de Gracia arriba con dirección á la de Jacometrezo, pensando que la mañana siguiente estaría muy hermosa para quedarse tieso, y renegando de D. Domingo y deseándole una pulmonía fulminante. Al

llegar á la esquina de la primera de las citadas calles ví unos hombres que parecía que salían de la de Hortaleza, y siguieron el mismo camino que yo.

No podía yo sospechar que aquellos hombres me estaban esperando.

Seguí tranquilamente por la calle de Jacometrezo, andando con todo el cuidado necesario, hallándose el piso con una cuarta de nieve, y al llegar á la esquina de la calle de Chinchilla sentí un violento empellón y caí embozado en la capa, en medio de la nieve, y acto continuo llovieron sobre mí los estacazos que me descargaron aquellos hombres que habían venido siguiéndome desde la esquina de la calle de Hortaleza.

Yo quise levantarme, pero no podía; la nieve y la capa me lo impedían, y sobre todo los tremendos palos que caían sobre mis espaldas y mi cabeza.

Dí voces, y los agresores, suponiendo que ya estaba bien molido y maltrecho, diéronse á correr.

A mis voces acudieron serenos, que me levantaron.

—Tiene una herida muy grande en la cabeza, dijo uno de ellos.

—Le han muerto, observó otro, sin duda para tranquilizarme.

Y no me acuerdo de más.

La pérdida de sangre, el frío de la noche, la conmoción general de mi sistema nervioso me produjeron un desmayo.

Los serenos me recibieron en sus compasivos y fuertes brazos.

XXIII

QUINCE DÍAS DE CAMA

Cuatro días después de la noche en que recibí la tremenda paliza, tuve con Carmen, la virtuosa costurera, la conversación que voy á copiar, la cual explicará lo sucedido, por si al lector le interesa saberlo.

—Ha dicho el médico que está V. mejor, pero que no es conveniente hablar á V. mucho; ese cerebro está aún muy débil.

—Pues, hija mía, yo necesito saber lo que ha pasado, y crea V. que me haría mucho más daño la incertidumbre.

—Pero...

—Cuéntemelo V. todo. Únicamente sé que estoy en casa de V., en la honrada y bendecida casa de la más noble y piadosa de las mujeres...

—¡Eh! Poco á poco, basta de entusiasmo. Si empieza V. así, le dejo á V. solito y me voy.

—Esa amenaza basta para que no diga una palabra. Cuénteme V. lo que quiero saber.

—Pues, amigo mío, cuando V. á las tantas de la noche venía, Dios sabe de dónde, expues-

to á un lance como el que le sucedió, estábamos mi hermanita y yo cosiendo en la salita; oimos voces que pedían socorro; abrimos la ventana y vimos que por la calle de Chinchilla, que está enfrente de esta casa, corrían unos hombres, á tiempo que venían los serenos en auxilio de usted. La Providencia, sin duda, me inspiró; yo no podía presumir que era V. el herido; la voz de V. en aquel instante no era la dulce y serena que siempre le hemos oído, y sin embargo, sentía yo un afán, una inquietud inexplicables, como si me dijeran que la persona que sufría en medio de la nieve, delante de nuestra casa, necesitaba mi auxilio. Cogí la luz, bajé á la calle, y encontré á V. en los brazos de los serenos. Dije que le conocía á V., que vivía usted aquí, qué se yo lo que dije; el caso fué que los serenos, en vista de la aparente gravedad del estado en que V. se hallaba, le subieron á V. á este cuarto, le desnudaron y le dejaron en este lecho. Esto es lo sucedido.

—Bendigo á la Providencia, que tan oportuno socorro me deparó.

—Luego vino el médico, vino el juez, ha venido mucha gente; me han tomado varias declaraciones, y yo, más serena, he dicho la verdad, toda la verdad.

—Es V. un ángel, Carmen.

—Que ya he dicho que está prohibido entusiasmarse. Ha de saber V., señor calavera, que

ha estado usted muy malito; el día siguiente á la noche en que fué V. tan bárbara y cobardemente acometido, creimos que había llegado para V. la última hora. Tuvo V. fuertes convulsiones, un penoso delirio y todos los síntomas de mayor peligro.

—La Providencia, que me ha favorecido tanto en mi desgracia, no podía abandonarme.

—Tengo unas ganas de que se ponga usted bueno...

—¿Por qué?...

—En primer lugar, porque deseo ver á usted fuera de todo peligro, y luego para que me explique V. lo que sepa ó presuma acerca de la agresión de que fué objeto, porque dicen unas cosas...

—¿Qué dicen?

—Qué salía V. de mi casa cuando fué acometido.

—¡Qué disparate! Yo probaré...

—Hasta los periódicos han hablado de usted y de mí.

—¿Y V. los ha visto?...

—No ha faltado persona que me los haga ver. Las malas nuevas siempre tienen mensajero...

—Cuanto siento que por mí...

—¿Qué quiere V. decir?

—Que por mí haya V. tenido algún pesar...

—Por V. no, amigo mío; por la malicia de la gente, que en todo ha de ver el mal, y que cuan-

BIBLIOTECA REGIONAL DE MADRID

do puede apoderarse de una honra inmaculada, se complace en hacerla girones.

—Carmen, es preciso que yo salga de esta casa y vaya á la mía.

—Imposible.

—No puedo permitir que se crea...

—Que se crea lo que se quiera... A mí me basta la satisfacción de mi conciencia sin mancha. Ví que en la calle, en medio de la noche, había una persona que sufría y corrí á prestarle socorro. Esta acción, sencilla y natural en quien tiene cristianos sentimientos, me ha valido que la calumnia haga presa en mí... ¿Cree V. que me importa? No; lo que me importa es hacer bien y que Dios lo sepa.—Pero ya hemos hablado bastante hoy, amigo mío; el médico lo ha prohibido...

—Pero...

—Ahora á descansar un poco... Voy á cerrar esta ventanita, y á ver cómo lleva la costura mi hermana. La pobrecita trabaja ahora más que yo.

—No se vaya V., Carmen.

—Sí, señor; es preciso.

Y salió, dejando cerradas la ventana y la puerta.

—Es necesario, pensé, salir de esta casa y trasladarme á la mía; aquí estoy causando un gran trastorno, además de que la gente murmura, y yo no puedo consentir... Necesito desmen-

tir la calumnia, necesito hacer ver que Carmen, la pobre costurera, á quien acaso suponen entregada al vicio, es un ángel, una mujer honrada y virtuosa, digna del respeto, de la admiración de todo el mundo.

Quise vestirme para salir de aquella casa inmediatamente, y probé á incorporarme en el lecho. Era imposible.

Sentí agudísimos dolores en todo mi cuerpo, y hubiera empezado á lanzar gritos, si no hubiese temido ser considerado como poco sufrido.

Estaba completamente postrado, y no me podía mover de la cama.

No tuve más remedio que renunciar á salir de aquella casa.

Y empecé á pensar en lo que me había sucedido.

Pero mi cabeza no estaba para pensar.

Procuraba en vano recordar; atropellábanse en mi cerebro las ideas más extrañas, y por más que hacía para ordenarlas y fijarlas, me era de todo punto imposible.

Había sufrido una violentísima conmoción en todo mi organismo, y me faltaba poco para volverme loco.

Por fortuna, quedé sumido en un dulce sopor, que no sé cuanto duró.

El día siguiente estaba mucho mejor de la cabeza.

Pero cuando me quería mover en la cama,

sentía en todas las articulaciones unos dolores de primera categoría. Era evidente que me habían deslomado, como se dice vulgarmente, los que me sacudieron los garrotazos.

Carmen estuvo mucho tiempo á la cabecera de mi cama, muy contenta con la mejoría que yo experimentaba.

El escribano que entendía en la causa que se instruía en averiguación de quienes podrían ser los que me dieron los palos, vino á tomarme la correspondiente declaración.

El mamotreto que trajo consigo tenía ya unas ochocientas fojas, y no sé qué diablos se habría escrito en aquella resma de papel, donde cabía muy anchamente la Biblia.

—¿Y se ha descubierto algo? pregunté al escribano.

—No, señor; falta la declaración de V., que debe ser importante, y arrojar luz sobre el suceso. ¿Usted salía de esta casa?... Eso es lo que todo el mundo ha declarado, menos la señora que vive aquí, lo cual no tiene nada de particular, porque al fin...

—Poco á poco, señor escribano. Todos los que han declarado que yo salía de esta casa cuando fuí acometido, han mentido, y se puede decir que á sabiendas, porque á ninguno le constaba lo que daba como cierto. La virtuosa joven dueña de esta casa es la única que ha dicho la verdad.

—Vea V., caballero, lo que dice. Es natural que usted quiera poner en buen lugar á esa joven; pero la justicia no entiende de esas caballerosidades. Además, no es ningún delito que usted sea el amigo íntimo, uno de los amigos íntimos de la costurera...

—Señor escribano, V. debe alegrarse mucho de que me hayan derrengado á palos...

—¿ Por qué?...

—Porque si pudiera moverme en este momento, es seguro que le habría dado á V. dos bofetadas...

—Caballero, ¿V. sabe lo que yo represento?... Represento á la ley...

—¿Del embudo?

—Repare V. que puede empeorar su causa, si continúa expresándose en esos términos.

—Pero diga V... ¿se me forma causa á mí por haber sido molido á palos?...

—Se forma en averiguación de los hechos.

—Pues empieza V. mal á averiguarlos, sentando como cierto el de que yo salía de esta casa.

—Pues ¿de dónde venía V?...

—De la calle del Caballero de Gracia, número 97, cuarto segundo, de casa de la señora coronela doña Rosa Gómez y Gómez de Gómez.

—Vea V. lo que dice, que yo conozco á esa repetabilísima señora, que es una de las más distinguidas damas de la corte.

—Pues de allí venía.

—Así constará; pero... vamos, no digo nada... bien se conoce que no quiere V. comprometer á esa hermosa costurera...

—¿Otra vez?...

—Hombre, no se enoje V., pero á un escribano no se le escapa nada. Continuemos. ¿Cuántos hombres le acometieron á V.?

—Supongo que eran cuatro que me siguieron desde la calle de la Montera.

—¿Usted los conoció?

—No, señor.

—Y antes de darle á V. los palos, ¿le dijeron algo?...

—No, señor, no tuvieron la atención de avisarme.

—¿Y cuantos palos le dieron á V.?...

—No los conté; pero no rebajo ni uno de doscientos.

—¿Y le robaron á V.?...

—No, señor; me hicieron el favor de no robarme.

—¿Y V. puede decir si presume quiénes eran, puede V. decir qué personas considera interesadas en darle una lección, ó á qué personas ha agraviado?...

—Yo no he agraviado á nadie, señor escribano.

—¡Hombre! Podría ser... ¿Usted quiere mostrarse parte en el proceso?...

—No, señor; porque como no se lo podría probar...

—El juzgado se lo probaría, si fuese cierto.

No pudo el bueno del escribano lograr que le dijese más, y me dejó en paz.

Román vino á verme; había venido el día anterior; pero no le habían dejado entrar.

—No me diga V. nada, me dijo, después de enterarse de mi estado; presumo lo mismo que usted presume; la paliza se la debe V. á D. Domingo Puertas. Hasta ayer no supe dónde estaba V. y lo que le había sucedido.

—Es evidente; ya le dije yo á V. que él no se batiría. Pagó sin duda á unos cuantos bárbaros para que me calentaran en términos que no pudiera moverme el día siguiente.

—Estoy indignado.

—Y yo peor que indignado; estoy todo roto, descosido, desvencijado, y cada vez que voy á moverme parece que no tengo ningún hueso en su sitio.

—¿Usted no habrá visto los periódicos?

—¿Qué he de ver?... No veo más que las estrellas.

—Pues aquí los traigo; todos hablan del lance, y verá V. también lo que ha dicho Tijerillas acerca del desafío.

—A ver, hombre, eso me distraerá.

—Empiezo.

«ATENTADO.—Anoche, un joven que salía de casa de unas modistas en la calle de Jacometrezo fué apaleado furiosamente, dejándole medio

muerto sobre la nieve, que había caído en gran abundancia. Las modistas de cuya casa había salido le recogieron; parece que daba pocas esperanzas de vida. Probablemente habrá fallecido ya.»

—Pero, hombre, ¡cuanta mentira! Ni me he muerto, ni salía de esta casa cuando fuí apaleado.

—Vea V. otro.

«¿QUIÉN ES ELLA?—Ella parece que es una hermosa joven que vive en la calle de Jacometrezo, frente á la de Chinchilla; anoche un amante favorecido salía de casa de la linda Eva, y cayó sobre él un airado rival, acompañado de otros hombres, que pusieron al amante dichoso como nuevo. *Ella* recogió de en medio del arroyo al estropeado galán. Esperamos que no haya sido cosa de cuidado.»

—¡Que infamia!... ¡Tratar de ese modo á una mujer virtuosa y digna! ¡Oh! cuando yo pueda salir...

—¿Y qué podrá V. hacer?... Los periódicos dirán que fueron mal informados; insertarán una rectificación, y tendrá V. que darles las gracias.

—Pero esta incomparable y generosa mujer quedará perdida en el concepto público. ¡Oh! ¡Esto es horrible! ¡Ella, la que es modelo de todas las virtudes, la que tiene el más noble corazón, la que jamás ha oído de mí una palabra

de amor, la que no tiene otro amor que el trabajo!...

—Ya no me atrevo á decir á V. lo que escribe este otro periódico.

—Sí; dígamelo V. todo.

—Va V. á irritarse mucho, y en el estado en que se encuentra...

—No importa.

—Pues dice así:

«GRAN PENDENCIA.—Anoche hubo un gran escándalo en la calle de Jacometrezo. Parece, según nos han referido, que de una casa muy sospechosa de dicha calle, frente á la de Chinchilla, salieron tres ó cuatro jóvenes, demasiado alegres; uno de ellos, persona decente, al parecer, hubo de insultar á los otros, los cuales le contestaron con una paliza soberana, y huyeron al acercarse los serenos. Las *ninfas*, que, sin duda, fueron el principal origen de la pendencia, salieron bravamente á recoger al aporreado, y allí le tienen en prueba de lo mucho que les interesa. Parece que el joven herido es persona bastante bien acomodada.»

—¡Que tejido de barbaridades!

—Así se escribe la historia.

—¡Oh! ¡Cuando querrá Dios que yo pueda moverme de esta cama!

—Aun ha de tener V. paciencia. Me ha dicho Carmen que el médico asegura que tiene V. todavía para quince días.

—¡Quince siglos serán para mí! Es preciso que todo el mundo sepa la verdad: es preciso que Carmen no sea considerada una mujer sin pudor, una mujerzuela despreciable. Eso es infame.

—¿Quiere V. ver ahora el suelto que ha puesto Tijerillas sobre el frustrado desafío?...

—Sí, sí; lea V.; eso será más divertido.

—Así dice:

«Esta noche no se hablará en Madrid de otra cosa que de la impensada y singular solución que ha tenido el duelo proyectado para la mañana de hoy entre el distinguido hombre político y acaudalado propietario D. D. P. y un joven que se permitió amenazarle noches pasadas en la brillante reunión de los señores de Fernández.

»Concertado el duelo para hoy á las cinco de la mañana en el arroyo Abroñigal, á sable y á primera sangre, llegó al sitio algunos minutos antes de la hora en un magnífico landó el señor P., á quien acompañaban sus padrinos, que lo eran dos conocidísimos hombres públicos, y uno de los médicos más notables de la corte.

»La mañana estaba sumamente fría, á causa de la mucha nieve que había caído la noche anterior, y no era nada agradable pasear por aquel sitio. Todos estaban poseídos de la mayor impaciencia, sobre todo el señor P., que ardía en deseos de escarmentar á su ofensor.

»Pero dieron las cinco y media, las seis, las siete, las ocho, las nueve, las diez... y el adversario del señor P. no se presentó.

»Inútilmente se le buscó en su casa y en todo Madrid. Ni ha pasado la noche en su casa, ni nadie le ha visto, ni sus mismos padrinos, personas dignísimas, de quienes no se puede sospechar nada indecoroso.

»Algunas personas tienen empeño en dar cierto carácter político á este duelo, y suponen que el Gobierno habrá impedido á su defensor ir al duelo, temiendo que el Sr. P. le inutilizase tan entusiasta partidario.

»Otros dicen que ha salido de Madrid ayer para evitarse el disgusto de recibir una lección.

»La verdad es que él no ha asistido al duelo, y que esto basta para saber á qué atenerse; no ha querido batirse.

»El Sr. P. y sus padrinos volvieron á Madrid, y celebraron la *prudencia* del terrible adversario almorzando juntos en la nombrada casa de Lhardy.

»El lance dará mucho que reir en Madrid.»

—Pues mire V., dije á Román, yo aseguro que el que ha escrito eso no se reirá mucho cuando yo salga á la calle.

—Yo no he querido hacer nada hasta hablar con usted; pero me basto para conseguir que se rectifiquen esas noticias.

—No, no haga V. nada. En ese asunto no quiero que intervenga nadie.

—Yo debo confesar á V. que dos días he dudado de V. ¿Como había de creer que era V. el joven á quien aludían los periódicos refiriendo lo ocurrido en esta calle?...

—La sospecha de V. era fundada.

—La conducta de Puertas es infame.

—Es propia de él. V. ha creído que ese hombre es un caballero... y ha de saber V. que ha sido lacayo, y luego ladrón, y ahora un *caballero*, á quien nadie pregunta su origen, y el que lo sepa se lo calla prudentemente, porque tiene dinero.

—Cuénteme V. todo eso.

—Todo lo sabrá V. á su tiempo.

A los quince días pude salir del lecho, y á pesar de las súplicas de Carmen y su hermana, que no querían que abandonase su casa hasta después de algunos días de convalecencia, me trasladé á la mía.

XXIV

AL BORDE DEL ABISMO

Mi patrona estaba aturdida, asombrada, escandalizada de mi conducta.

Ella, la pobre, había creído cuanto decían los periódicos, y sobre todo lo que rezaba una hoja suelta que habían vendido los ciegos con este pregón:—*A dos cuartos, las ocurrencias de la calle de Chinchilla la noche de la nieve*, en cuyo papel se hacían las oportunas consideraciones acerca de lo funestas que son para los hijos de familia las mujeres, y se presentaba al protagonista abierto en canal, llamando con grandes voces á su padre y á su madre, y dirigiendo al público una arenga en verso, en la que se encarecía la necesidad de huir de las malas compañías.

—Pero ¿es posible, D. Ramón, me dijo al verme entrar tan mustio, tan pálido, tan alicaído y con una señal en la frente; es posible que un joven, que antes era tan juicioso, tan arreglado... ¡Jesús! ¡qué mujeres hay en el mundo!... ¡Comprometer así á un joven, á un joven de buena familia... ¡Jesús! ¿como había yo de pensar que

usted iba á visitar á mujeres de esa clase?... No quisiera más que conocer á la individua que le tiene á V. sorbido el seso para decirle lo que hace al caso...

—Señora, hágame V. el favor de callar.

—No quiero; está V. en mi casa hace seis años, y me intereso por V.

—Bueno, muchas gracias.

—Y mire V., á la que tiene la culpa de que le hayan puesto á V. así soy capaz de...

—¡Vaya! ó calla V., ó encargo hoy mismo que me busquen otra casa.

—¡Jesús! ¡otra casa!... ¿Sería V. capaz?... ¡Ay! usted no es el mismo... En fin, me callo; pero me da lástima pensar que las mujeres van á ser la perdición de V. ¡Ah! tengo que decirle á usted que en estos días ha venido varias veces una señora á preguntar por V.

—¿Una señora?...

—Sí, señor, una señora; es decir, ella lo parece, y muy guapa, eso sí, muy guapa... la hermosura del diablo, que también se pone hermoso el diablo cuando le conviene para arrastrar á los hombres y perderlos. Pues, como digo, una señora muy maja y muy guapa ha venido á preguntar dónde estaba V., pero yo no le he querido decir nada, porque como V. estaba en casa de otra, se hubiera armado una buena si allí se hubiesen encontrado las dos.

—Señora, me va V. á hacer un favor.

—Sí señor, le haré á V. un favor, porque le tengo á V. ley, aunque V. no lo merece... Conque diga V. que favor es ese.

—Pues hija mía, el favor que me va V. á hacer es no hablarme de lo que á V. no le importa, si quiere que continúe en su casa.

—Es que todo eso me importa mucho á mí.

—Pues si le importa á V., se calla también.

Mi patrona comprendió que podía cumplir la amenaza de buscar otra casa, y tuvo por conveniente callar, bien que le costó gran trabajo.

Era preciso pensar en vengarse de D. Domingo.

Pensé pagarle en la misma moneda, buscando cuatro bárbaros que le arrimaran una paliza, como él había hecho conmigo; pero desechéla idea, porque yo no debía emplear los mismos viles medios que aquel infame.

Lo conveniente era buscarle en medio del día y en el sitio más público de Madrid, y cruzarle la cara con el bastón.

Al periodista Tijerillas, autor de aquel chusco suelto dando cuenta del duelo frustrado entre D. Domingo y yo, le escribí esta cartita:

«Sr. D. Arturo Tijerillas: Muy señor mío: Por el suelto que publicó V. días pasados, he comprendido que está V. con cuidado por no saber donde me hallo. Para que se tranquilice V. le escribo la presente. Estoy vivo, y confío estar bueno muy en breve; si le duelen á V. las mue-

las, no gaste dinero en que se las extraigan, porque, gratis, pienso yo saltárselas á V. de la boca el primer día que salga á la calle. Con este motivo, tengo el honor, etc., etc.»

Envié esta carta á la redacción del diario á que pertenecía el bueno de Tijerillas, y el día siguiente recibí un número del periódico en el que leí este suelto.

«Nuestra imparcialidad nos obliga á rectificar las líneas en que dimos cuenta hace días del frustrado duelo entre D. D. P. y un distinguido joven de la corte. Mal informados, dimos detalles que no han resultado ciertos; el joven á quien aludíamos es un cumplido caballero, que tiene hechas sus pruebas, y si el duelo se aplazó, no fué porque pusiera el menor obstáculo el mencionado caballero, que es, repetimos, una persona dignísima con cuya amistad nos honramos, aunque sea nuestro adversario político.

»Hacemos espontáneamente esta rectificación en obsequio á la verdad.»

Mucho me hizo reir esta espontánea rectificación.

Carmen y su hermana fueron á verme, con escándalo de mi patrona; tanto era el interés que yo les inspiraba, que se habían decidido á visitarme, no sin muchas dudas y vacilaciones.

—¡Cuánto bien me hace V., amiga mía, con su visita! dije á Carmen.

—Hemos venido para tener el gusto de saber

que está V. mejor, y para decirle que nos mudamos.

—¿Dejan ustedes el cuarto de la calle de Jacometrezo?

—Sí, señor, es preciso; he notado que los vecinos me miran de otro modo que antes, alguno de ellos me ha encontrado en la escalera y se ha atrevido á hablarme de una manera incalificable y á hacerme vergonzosas proposiciones; el portero se sonríe maliciosamente cuando me ve; la señora del piso principal, que me daba algún trabajo y estaba muy contenta de mi buen deseo y acierto, ha llamado á otra, y por su criada he sabido que habla de mí muy desfavorablemente; cuando salgo y paso por delante de algunas tiendas donde suelo comprar, me dicen chistes de mal género... en fin, amigo mío, tengo una reputación muy triste. Esta pobre niña, que fué ayer un momento á la casa inmediata á entregar una prenda, vino llorando porque le dijeron que era lástima que tuviera en su hermana mayor tan mal ejemplo.

—Pero eso es infame.

—Yo lo perdono todo — añadió Carmen.— Cuando bajé de mi habitación deseosa de dar auxilio á quien lo pedía con lastimeros ayes, no podía suponer que aquella acción había de interpretarse en desdoro mío; pero si me hubieran dicho que esto había de suceder, no por eso habría dejado de seguir el impulso de mi corazón.

De nada me acusa la conciencia, y Dios ve mis obras y mis pensamientos.

—¡Oh! ¡cuando yo pueda salir de casa!...

—No hará V. nada por rehabilitarme á los ojos de esas personas que piensan mal de mí, porque no necesito quien me defienda ni quien me disculpe. Estoy satisfecha de mi conducta, y me importa poco que los demás se equivoquen juzgándome ligera y maliciosamente.

Carmen procuraba aparecer serena, casi risueña; pero bien claramente se veía que las lágrimas se agolpaban á sus ojos.

Carmen me amaba, ya no tenía duda; pero no sé que respetuoso temor sentía yo que no me atrevía á decirle una sola frase de amor. Aquella mujer incomparable, en su humildad, no se creía acaso digna de ser amada. Y era digna del amor de un hombre honrado, tanto como la más noble y virtuosa, porque ella era noble y virtuosa sobre todo encarecimiento.

Pero, ¿yo amaba á Carmen?... Sí, la amaba con ese amor que conduce á la verdadera felicidad; con amor respetuoso, dulce, tranquilo; con un amor muy distinto del que me inspiraba la doncella del piso segundo; mi amor á ésta era una pasión ardiente, calenturienta, devoradora, penosa como un remordimiento.

—Nunca me perdonaré—dije á Carmen—haber sido causa, aunque involuntariamente, de

que V., á quien tanto estimo, sufra esos inmerecidos pesares.

—No se hable de eso, amigo mío. Volveremos mi hermana y yo á aquella casa de los pobres, donde hemos vivido tan tranquilas, tan respetadas y queridas. Nunca aquellos hombres groseros, sin educación, abandonados á todos los malos instintos, hubieran creído de mí una acción indigna, y en el hecho de recoger á un herido no hubiesen visto más que un sentimiento de caridad.

—Es verdad, el pueblo no tiene la refinada malicia que los que presumen de haber recibido buena educación.

—En aquella casa he vivido siempre tranquila y segura; en cuanto he querido ascender un poco más—añadió sonriendo tristemente—he vivido llena de temores, y he empezado á conocer malas voluntades.

Llegó en aquel momento el médico, quien me dijo que me convendría para reponerme completamente pasar unos días fuera de Madrid, en un pueblo cercano, respirando el aire del campo, y cuando salió el médico, entró toda aterrada mi patrona, anunciándome que una señora, la que había ido otras veces á preguntar por mí, estaba allí deseando entrar á verme.

Y en efecto, detrás de la patrona apareció Soledad, vestida con elegancia, con lujo mejor dicho, y radiante de hermosura, formando sin-

gular contraste su ostentoso porte con el humilde traje y la modesta actitud de Carmen.

Ésta se levantó, lanzó una mirada profunda á Soledad, y con inseguro acento se despidió de mí.

Estreché su mano, y noté que estaba fría y convulsa.

Quedamos solos Soledad y yo.

—¡Ah! —exclamó—¡qué deseos tenía de ver á V., y cuánto he sufrido estos días, desde que supe la villana acción que con V. ha cometido ese hombre!

—¿Usted ha sufrido?...

—Sí, señor. ¿Le parece á V. mentira?

—Si he de decir á V. verdad, mentira me parece.

—Pues no lo es; he pensado mucho en V., y he admirado su noble proceder. Usted, un caballero, iba á reñir con ese hombre, que es un infame, como riñen los caballeros, y él, para evitarlo, ha tratado de asesinar á V.

—No tanto, de inutilizarme nada más.

—Usted odia á ese hombre, ¿no es verdad?

—No, me es antipático, pero no más.

—Sí, le odia V... ya he dicho á V. que he pensado mucho estos días... le odia V., porque me ha querido V. mucho á mí.

—¿Yo?...

—Sí, no lo niegue V., no quiera V. ocultar su sentimiento... Ahora ya no me ama V., me

desprecia sin duda, porque no otra cosa que desprecio merezco, pero me ha querido V. mucho. Dígame V. que es verdad.

—Sí, era verdad.

—Pues bien: yo anhelaba que llegase este momento para decir á V., aunque V. me desprecie, aunque V. me odie, que yo le quiero; que yo no pienso nada más que en V., que por usted haría los mayores sacrificios del mundo. Ahora estoy representando una comedia, fingiéndome gran señora, engañando al mundo con un nombre que no tengo, y con estas galas con que me disfrazo. Las mujeres me envidian, los hombres me hacen las más entusiastas protestas de amor, se disputan mis miradas y mis sonrisas... Hombres de gran posición, banqueros, generales, duques, quieren poner á mis pies sus riquezas, sus honores, y alguno me ha ofrecido noblemente su mano. ¡Vea V. lo que pueden en el mundo la mentira y estos cuatro miserables trapos que constituyen el lujo y la distinción!...

Pues á todo eso renuncio, á todo, si V. quiere, si queda en ese corazón algo de aquel cariño que V. me tuvo. Yo me despojaré de estas galas, viviré obscurecida, seré esclava de V... Ramón, aun puedo ser buena, aun puedo esperar que me perdone Dios. Usted me quiso, y no debe estar apagado completamente ese amor en su corazón... Ramón, yo siento ahora ese

amor de que antes me reía, yo le quiero... le adoro á V....

Soledad había tomado mis manos y las estrechaba fuertemente; en sus ojos hermosísimos brillaban las lágrimas... y yo no podía resistir la fatal influencia que sobre mí ejercía aquella mujer funesta.

—¿Pero es V. capaz de amar?... preguntaba á Soledad que me abrasaba con el fuego de sus miradas, que hacía levantarse en mí la llama inmensa de aquel amor antes dormido en mi corazón.

—Usted—decía—tiene que salir al campo, según le ha aconsejado el médico... Vamos juntos, yo iré á cuidar á V., á ser su criada, su esclava... Huyamos de Madrid.

—Pero...

—Ese hombre, ese miserable, á quien castigó usted la otra noche, se va á vengar, se va á vengar en V. y en mí. Por mí nada temo, pero por usted sí... Ya ha querido asesinar á V. una vez... Puede volver á intentarlo y lograrlo... Tiene dinero, y es traidor y cobarde...

—¿Y cree V. que yo le tengo miedo?

—Siempre hay que temer á la traición. Por Dios, Ramón, vámonos de Madrid; yo le quiero á V. sobre todas las cosas de este mundo... Yo seré buena, si V. quiere... Conozco que este sentimiento que brota poderoso en mi corazón, puede salvarme... Si V. me desprecia, si V. no

responde á mi pasión, á esta pasión que me hace sufrir agudos dolores y puras alegrías, que me llena de esperanza y de fe en el porvenir, entonces ya no habrá bien para mí en el mundo, ya no tendrá sosiego ni reposo, y Dios sabe lo que será de mí...

Yo estaba como aturdido, mi cerebro ardía, mi corazón se agitaba violentamente, y aquella hermosísima mujer me fascinaba, me dominaba por completo.

¿Sería verdad lo que me decía Soledad?

—¿No me dice V. nada? ¡Ah! ¡triste de mí! condenada á sofocar esta pasión profunda... y en vano lo intentaría, porque es más fuerte, más poderosa que mi voluntad.

—Soledad, dudo...

—¡Ah! no dude V., por Dios, no dude V. de mi amor, y prometa V. llevarme fuera de Madrid, prométame V. que mañana...

Y estrechaba mis manos, y su aliento se confundía con el mío, y me volvía loco.

—Sí, le dije, yo también te amo, funesta mujer, te amo á pesar mío. Mi corazón dormía, y tú has venido á despertarle, á conmoverle y á envenenarle.

—¡Oh! Dios mío, ¡qué felicidad para mí!... Mañana...

—Sí, mañana... mañana.

Soledad se levantó, y salió dejándome lleno de confusiones, y enamorado, loco.

Cuando salió Soledad, el perro, mi pobre y leal compañero, salió también tras ella ladrando con el mayor enojo.

El perro tenía aversión á Soledad, así como á Carmen le demostraba la más leal y franca afición, y la agasajaba de todos los modos que sabe agasajar un perro á las personas de su estimación.

Mientras Soledad estuvo en mi cuarto, el perro permaneció acurrucado gruñendo sin cesar debajo de mi butaca, y luego la quiso despedir con ladridos, como diciéndole:

—Pero, ¿á qué viene usted á turbar el reposo de mi amo?...

Aquel perro tenía buen instinto, y si hubiera hablado, no habría dejado de darme algún discreto y oportuno consejo.

XXV

DE CÓMO PUEDE SUCEDER QUE Á UN HOMBRE HONRADO LE CONVENGA IR Á LA CÁRCEL

Soledad había logrado encender en mí la llama abrasadora del más vehemente amor, y dominado por este amor hacíame yo mismo reflexiones para persuadirme de que ella me amaba verdaderamente, para disculparla de sus errores; tan fuerte era en mí aquella pasión fatal, que hasta encontraba pretextos para atenuar la falta de Soledad al abandonar su hijo al cuidado ajeno...

Ser dueño de aquella peregrina hermosura, ser amado por ella era toda mi preocupación, y ante esta idea todo lo olvidada, todo era para mí menos que mi amor, si puede llamarse amor la calentura que me devoraba.

No quise pensar más, y habiendo visto en el *Diario* el anuncio del alquiler de una casa en Carabanchel, envié á buscar un coche, y en éste me dirigí á la Carrera de San Jerónimo, frente al Congreso, donde vivía la persona con quien había de tratarse del ajuste.

Llegué á la casa, recogí el recibo del alquiler por seis meses de la de Carabanchel, y ya iba á subir en el coche que me esperaba, cuando ví á Román, que, cerca de una de las esquinas que forma el edificio del Congreso, estaba hablando con otros. Acerqueme á mi compañero de hospedaje, que me dijo:

—Ha caído el ministerio.

—Y á mí, ¿qué me importa?...

—Ahora se han leído en el Congreso los reales decretos.

—Me tiene sin cuidado.

—Como V. pasa por ser amigo entusiasta del gobierno caído...

—¡Ah! sí; ahora recuerdo que los periódicos me hicieron de golpe y porrazo personaje político con motivo de aquel trance con el famoso D. Domingo Puertas.

—En nombrando al ruín de Roma...—observó otro caballero al oir el nombre del ex-ayuda de cámara.— Allí viene D. Domingo con la cara de Pascua que usa cuando ha hecho en la Bolsa algún negocio.

—¿Dónde está?—exclamé, recordando la paliza, que aun me dolía, y mi propósito de castigar á aquel miserable.

Y antes de que pudieran detenerme corrí hacia D. Domingo, y le crucé la cara con el bastón una, dos, tres veces, hasta que se arrojaron varias personas sobre nosotros y me sujetaron.

D. Domingo rugía como una fiera acorralada.

—Este hombre—exclamé—es un miserable, que para evitar un duelo, envió cuatro asesinos pagados para que acabaran conmigo en las sombras de la noche; este hombre es un infame, que se ha enriquecido abusando de la confianza que en él tenía su amo; su amo, reducido hoy á la miseria, mientras el que le sirvió de lacayo, de ayuda de cámara, de administrador infiel, se ha convertido en un caballero, y por tal es tenido en una sociedad tan indiferente y tan prostituida que rinde culto al *éxito*, y no pregunta al que tiene dinero sin haberlo ganado con el trabajo, de dónde le ha venido, ó á quién se lo debe... Éste es ese hombre, al que dan su mano sin escrúpulo hombres honrados que no debieran ni dignarse despreciarle siquiera.

Yo no recuerdo cuántas cosas más le dije.

El escándalo fué horrible.

Reunióse gran muchedumbre; á D. Domingo, con la cara ensangrentada, se lo llevaron amigos suyos, y de mí se apoderaron los dependientes de la autoridad.

Lleváronme á presencia del juez de guardia, que dispuso sabiamente que fuese conducido nada menos que á la cárcel.

¡Y el médico me había aconsejado el aire puro y libre del campo!

Supliqué al juez que me permitiese ir á la cárcel en coche.

Pero el juez, temiendo sin duda que no pudiera pasear en algún tiempo, tuvo empeño en que me paseara entonces desde el Juzgado hasta el Saladero, y aun debo darle gracias porque no me mandó atar codo con codo.

Fué un paseo triunfal.

A cada lado llevaba yo un guardia, y detrás otros dos. Me precedía gran número de personas que daban grandes tropezones por volver la cara á fin de mirarme y enterarse de mi serenidad ó mi turbación, y me seguía lucidísima escolta.

Y se abrían los balcones de la carrera, y se asomaban los curiosos, y de los transeuntes se incorporaban no pocos á la escolta y á la vanguardia, y cada cual decía lo que se le antojaba, complaciéndose en atribuirme los más tremendos delitos.

—Ha matado á su suegra en la calle de Ministriles, decía uno.

—¡Qué! si le han cogido en Palacio que iba á matar á la reina.

—Es el que ha hecho los duros falsos que corren ahora tanto.

—Dicen que es el jefe de todos los ladrones de Madrid.

—Le han cogido robando el libro de la Deuda.

—¡Y luego dicen que por el traje se conoce á la gente! Pues ese tuno parece un caballero.

Todas estas y mil lindezas más decía de mí el ilustrado público que tuvo la bondad de acompañarme al Saladero.

Al llegar á este benéfico establecimiento el público me despidió con algunos silbidos, y se quedó delante del edificio largo rato haciendo pintoresca narración de mis espantosos crímenes, felicitándose de que al fin se viera bajo cerrojos bien guardado un delincuente tan temible.

En la cárcel me recibió el portero de golpe con la mayor indiferencia, y luego salió á honrarme el alcaide, y después de dar recibo de mí al principal encargado de mi traslación, felizmente verificada, se me indicó que podía pasar adelante, y se me llevó á una habitación donde por el corto interés de cinco reales diarios podía esperar tranquilo que cayera sobre mí la cuchilla de la ley.

La habitación que se me destinó era bastante grande, ó parecía mayor por la carencia de muebles; no había más que un catre y un cántaro. Tenía una ventana que daba á un pasillo que recibía luz de otra que estaba bastante lejos de la mía; de modo que la claridad de que yo podía gozar era tan ténue, que á las tres de la tarde ya parecía que anochecía.

No fué una sorpresa muy agradable para mí encontrarme en aquella habitación, y considerar que allí había de pasar acaso los seis meses

de campo que el doctor me prescribiera en interés de mi salud; pero vino á distraerme de mis meditaciones un apreciable joven con cara de pocos amigos y facha de nada bueno, que me echó agua limpia en el cántaro, y me dijo que si se me ofrecía algo, el podría servirme.

—¿Aquí se puede pedir lo que se necesita? le pregunté.

—Sí, señor; todo cuesta dinero; pero, vamos, se puede no carecer de nada.

—Pues yo estoy enfermo, y necesito colchones, sábanas, mantas, etc.

—Eso se lo tienen que traer á V. de fuera.

—También necesito algunos muebles, una butaca, una mesa, unas sillas.

—Eso también lo puede V. traer; aquí no se da eso.

—¿Y por qué se pagan entonces los cinco reales?

—Se pagan por el cuarto, y si no al patio.

—¿Y se puede enviar un recado?

—Sí, señor, por lo que sea razón, se entiende.

—Me hago cargo.

Y me apresuré á enviar á decir á mi patrona que me remitiera cama, muebles, libros, papel, tintero, todo lo que me faltaba en aquel sitio de recreo, donde temía que había de pasar una larga temporada.

Ocho días me tuvieron incomunicado, y en estos ocho días pasé las más tristes horas de mi

vida. Con dinero nada me faltaba en la cárcel; pero si se hubiera prolongado la incomunicación, todo me habría sobrado, porque hubiese muerto desesperado.

Pasaba los días detrás de la reja de mi prisión, esperando anhelante ver una fisonomía amiga, contando las horas lleno de angustia, oyendo las risotadas y denuestos de los carceleros y dependientes, y el confuso rumor que subía del patio, rumor de canciones obscenas, de insultos, amenazas, imprecaciones, lamentos... ruido de llaves y cerrojos, rumores y ruidos siniestros, aterradores... ruidos y rumores sólo conocidos en esas casas de pena y desventura; por las noches no podía dormir, y sobresaltábame el más leve rumor, y el *alerta* de los centinelas me llenaba de espanto. Aunque mi conciencia estaba tranquila, como que no había cometido ningún crimen, asaltábanme mil temores, dudaba de la integridad de los jueces, recelaba de todos, y creíame ya encerrado allí para siempre, ó me figuraba que de tan triste lugar saldría para un presidio... y no podía, en fin, gozar momento de reposo.

El noveno día me pusieron en comunicación, y me permitieron pasear por los corredores, y pasar algunos ratos en las habitaciones de alcaidía.

Vinieron á verme Román, mi patrona y otras personas que se interesaban por mí, y pasé mejor el día, y cobré aliento.

Díjome Román que el cambio de ministerio me era muy desfavorable, porque suponiéndose que yo era entusiasta partidario del gobierno caído, el que le había sucedido no dejaría de influir con el juez para que la causa se siguiera lentamente.

—Pero, hombre, le dije, si yo no tengo nada que ver con el gobierno; si la cuestión entre don Domingo Puertas y yo no es política.

—Pues, amigo, eso ya no lo puede V. evitar, aunque quiera. Los periódicos, representantes legítimos de la opinión pública, la han hecho política, y esto le favorece á V. más que otra cosa. Sólo con este error puede V. adquirir una posición importante.

—Le digo á V. que esta broma me va pareciendo pesada.

—Pues D. Domingo Puertas aprovecha mejor las circunstancias. El gobierno nuevo, creyendo que ese hombre ha sido maltratado por V. por enemigo del anterior, le ha dado la gran cruz de Isabel la Católica, y lo que es mejor que la cruz, un privilegio para una empresa que le ha de valer millones.

—¡Jesús! ¡Qué cosas! Parece mentira que así se encumbre á un hombre que es un animal.

—Y lo ha de ver V. ministro.

—No será extraño. Baja ya tanto la talla de los gobernantes en este país, que no dudo llegue día en que pueda ser ministro un D. Domingo

Puertas. Y mi proceso, ¿en qué estado se halla?

—Eso va despacio.

—Pero es una iniquidad dilatar la resolución de este asunto...

—Amigo mío, el que entra en esta casa, con razón ó sin ella, ha de tener mucha paciencia... Yo veré al juez, y... Un medio habría de que V. no sufriera una larga detención.

—¿Cuál?...

—Pero V. lo rechazará, sin duda.

—Ya comprendo. De ese hombre, de ese bribón no quiero recibir favor alguno. Cuando salga de aquí he de volver á cruzarle la cara...

—Y volverá V. aquí.

—Entonces no hay medio de castigar á ese miserable.

—No, señor; hombres como ese parecen nacidos para hacer impunemente lo que quieren y para desesperar á todo el género humano.

Román se despidió de mí, disponiéndose á procurar que mi causa se resolviera pronto, y quedé más tranquilo.

Soledad no fué á verme, y no lo sentí.

Ella era el origen de mi desgracia.

Desde que entré en la cárcel me había acordado poco de Soledad, y cuando pasaron algunos días, creo que la había olvidado por completo.

Y decía yo:

—Puede que, después de todo, me haya con-

BIBLIOTECA REGIONAL DE MADRID

venido que me traigan á la cárcel. Si no estuviera preso aquí, estaría ahora en poder de esa mujer. Casi me parece esta cárcel menos peligrosa.

Y ¡cosa singular! así como no echaba de menos á Soledad, sentía mucho no ver á Carmen. Todos los días pensaba: —«Hoy vendrá.»—Y cuando llegaba la noche, y no había venido, apoderábase de mí profunda tristeza. Carmen hubiera consolado mucho mi pesar con sus sensatas reflexiones, con sus bondadosas frases, con sus pensamientos siempre cristianos, siempre nobles.

Por fin, á las cuatro semanas de hallarme preso, vino Carmen con su hermana. No habían sabido antes mi suerte.

La visita diaria de Carmen me daba aliento, y me hacía esperar tranquilo el resultado del proceso.

En aquellos días de mi cautiverio conocí cuánto valía la tímida y modesta costurera; pude apreciar toda la nobleza de su corazón, toda la dignidad y rectitud de sus sentimientos, y bendije cien y cien veces á la Providencia, que me había impedido cumplir á Soledad la promesa que me arrancó en un momento de fiebre devoradora.

En fin, que me alegré de que me hubieran llevado á la cárcel.

XXVI

LA CÁRCEL

El día que me pusieron en comunicación, y el calabocero, de la manera más amable que le permitía su carácter de domador de fieras, me dijo que podía pasearme por los corredores hasta poco antes de anochecer, quedé suspenso, y al ir á poner el pie fuera de mi habitación de cinco reales, retrocedí lleno de vergüenza y confusión.

¡Me iban á ver en aquel siniestro lugar!...

Esta idea me humillaba, me atormentaba, y sin embargo, los que me iban á ver eran casi todos criminales, hombres ante los cuales no debía avergonzarme yo, y ellos sí debían avergonzarse en mi presencia.

El alcaide, que era una buena persona, antiguo militar, esclavo de su deber y gran conocedor de los caracteres, vino á ofrecerme galantemente que pasase cuando quisiera algunos ratos en la alcaidía, sitio privilegiado que ofrecía alguna más comodidad que los demás departamentos de la cárcel.

—Veo, me dijo, comprendiendo mi turbación, que usted no es digno inquilino de esta casa. Está V. avergonzado.

—Es verdad.

—Eso prueba que es V. hombre honrado. Deseche V. esos escrúpulos, y salga á tomar el aire y pasear, que bien lo habrá menester, y no tema V. que los criminales que aquí se albergan le crean uno de tantos... Ellos también conocerán que es V. un hombre de bien. No tenga inconveniente en salir; la contemplación de las desventuras que se encierran en esta casa es un estudio curiosísimo que no le pesará á V. hacer. ¿Es V. escritor?

—No señor.

—Lo siento: para un escritor esta casa es la más rica y variada exposición de tipos, caracteres, pasiones y miserias. Un novelista podría sacar de aquí asunto para muchos libros; un autor dramático, estudiando la cárcel, haría dramas de una realidad espantosa; en los salones se puede estudiar la mentira, la comedia del mundo; aquí se estudia la verdad, toda la terrible verdad.

—En efecto, dije, tiene V. razón; los escritores podrían enseñar al mundo muchas verdades viniendo á sorprenderlas aquí, á verlas en toda su horrible desnudez.

—Los gobiernos envían aquí frecuentemente escritores procesados; pero éstos, preocupados

de la política, no se fijan, no estudian, no observan lo que hay dentro de estos muros.

Pasé á la alcaidía acompañado del alcaide, que también estaba engañado en cuanto á mí, considerándome preso más que por los palos que dí á D. Domingo, por alguna alta intriga política.

En la alcaidía había varios hombres, que me miraron como diciendo: ¿quién será este pájaro? y siguieron conversando unos, otro leyendo un periódico, otro una carta, otro tomando café, y otro escribiendo.

Hablaban dos de aquellos hombres, y hablaban de mujeres, riéndose al recordar á ciertas señoras, piadosamente pensando, que habían conocido, y se referían sus aventuras galantes con la mayor complacencia.

El uno de ellos había, según todas las presunciones, pagado el asesinato de su mujer; el otro había abusado de la confianza depositada en él por un rico banquero, y sustraído de la caja grandes sumas.

Aquellos dos hombres eran víctimas de sus desenfrenadas pasiones. Marido infiel el uno, había querido librarse de una mujer virtuosa para arrojarse libremente en brazos de aventureras sin pudor; el otro, de buena familia, se había hecho ladrón por miserables mujerzuelas.

Dos hombres inteligentes perdidos por no haber sabido reprimir sus pasiones; ambos podían

haber dado á la patria provechoso fruto con su trabajo, y las malas compañías, las falsas ideas de libertad, la mala educación, la falta de respeto á la familia, la vida desordenada, les llevaban probablemente á presidio.

El que escribía era un hombre muy simpático, de mirada viva, de noble frente, distinguido en sus maneras, de amena conversación... un hombre que hubiera hecho brillante papel en la sociedad... Era falsificador. Su afán había sido ser rico pronto; él podía haberlo sido honradamente, trabajando con fe y asiduidad; pero no tenía paciencia para esperar. El ejemplo de tantos elevados como por encanto á grandes posiciones, enriquecidos sin saber cómo, le había perdido.

El billete falsificado por él era una obra de arte perfecta, era un billete mucho mejor hecho que los legítimos.

Pena daba considerar cómo aquel desgraciado había condenado él mismo su inmenso talento á la impotencia.

Tendría unos treinta y cinco años; á los cincuenta y cinco saldría de presidio, sin juventud, sin honor, sin inteligencia, sin vigor, sin fe, sin esperanza.

Había querido hacer, por el crimen, rica á su familia, y la había hecho para siempre infortunada.

El que leía el periódico era un pobre diablo de editor responsable de otro diario, preso por

los artículos que escribía un gran político. El hombre, viéndose preso, había llegado á creer que efectivamente él era el que escribía los artículos denunciados, y no podía menos de asombrarse de escribir tan bizarramente, cuando ni siquiera sabía poner su nombre.

Este pobre diablo fué algún tiempo después alto empleado. Su mérito consistía en haber estado en la cárcel.

El alcaide me hizo recorrer todos los departamentos de aquel establecimiento, haciéndome conocer las figuras más notables.

—Vea V., me dijo, esos dos que estaban hablando, y al verme se han separado. Esos están tramando un robo.

—¿Aquí?...

—No, señor, fuera.

—Pero estando aquí...

—No importa; ellos roban desde aquí con la mayor seguridad, casi siempre valiéndose de cartas, de firmas falsas, de documentos falsos; la estafa tiene en la cárcel una escuela perfecta; aquí se lleva á la última perfección el arte de engañar al prójimo, y hay personas en Madrid, en provincias, hasta en el extranjero, que se dejan robar con el mayor candor, que sostienen correspondencia con estos pájaros de cuenta, y les envían dinero en cartas certificadas.

En un corredor encontramos á un infeliz que, con esposas en las manos, salía para ser condu-

cido á la Audiencia, donde se iba á celebrar la vista de su causa.

¡Iba contento!...

Llevaba seis meses en un calabozo, viendo apenas la luz, y le regocijaba la idea de ver el sol, de respirar el aire de la libertad en el camino de la cárcel á la Audiencia.

Aquel día se iba á decidir su suerte.

—Ese hombre, me dijo el alcaide luego que se hubo alejado el preso con el que le conducía, será ejecutado pronto.

—¿Pues qué ha hecho?

—Es una triste historia la suya: hijo de una honrada familia, quedó huérfano, y se encargó de su educación un tío suyo. A éste, á quien todo lo debía, y que le había nombrado su heredero, le asesinó para recoger antes la herencia.

—¡Qué horrible maldad!

—Cometió el crimen, instigado por una mujer hermosísima que le pedía incesantemente dinero, y nada le bastaba.

—¡Desgraciado!

—No hay medio de salvar á ese hombre.

—¿Y su cómplice?

—Nada se le ha podido probar, y se halla en Francia viviendo en el mayor desenfreno. Dios nos libre de caer en poder de una mujer mala, egoísta, sin corazón.

— Dios nos libre, repetí acordándome de Soledad.

Y llegamos al patio de la cárcel.

Aquel espectáculo me impresionó fuertemente. Había allí más de cuatrocientos hombres de todas edades, que formaban el más abigarrado conjunto que se puede imaginar.

Era aquello la hez de la sociedad, un montón de hombres podridos, si así puede decirse; y en echando en el montón otros aun limpios, en seguida se contagiaban, al momento se identificaban con los apestados. Ver el contenido de aquel patio oprimía el corazón.

Hombres viejos, asquerosos, veteranos del crimen, eran los maestros de jóvenes, casi niños, que acababan de dar el primer paso.

Todos allí eran enemigos y todos vivían juntos.

Contra el que tenía una chaqueta eran todos los que estaban en mangas de camisa.

Contra el que tenía un duro la conjuración era general, y el duro era del que tenía navaja.

Siempre hay navaja en el patio de la cárcel. Está terminantemente prohibido, pero siempre hay navaja.

La navaja y la baraja son dos armas que nunca faltan á los presos del patio.

Y es preciso; la baraja sin la navaja no serviría de nada, y si no hubiere baraja tampoco se necesitaría la navaja.

Muchos ratos pasé varios días observando á los presos del patio desde una ventana.

De mí no se reservaban.

La baraja siempre estaba en movimiento, y cada diez minutos surgía una cuestión en el juego; empezaba por insultos, seguía por golpes, y al fin se resolvía presentándose una navaja en la mano de uno de los contendientes, ó en la de un amigable componedor que mediaba en el asunto con el buen propósito de poner paz.

Allí se veía alguna vez á un mozo de cortos años abofetear á un anciano; allí no se conocía el respeto.

El infeliz que entraba allí por primera vez era inmediatamente rodeado por los demás, y solía encontrarse desnudo sin poderse dar cuenta de quiénes le habían quitado la ropa.

Causaba espanto ver en aquel patio jóvenes, casi niños, que habían cometido ligeras faltas, confundidos con criminales avezados á todo lo malo y que les enseñaban á robar y los educaban para el delito á fin de que cuando salieran de la cárcel pudieran *ganarse la vida*.

A los cuatro días de estancia en el patio, el muchacho más torpe, el *novato* más inexperto sabía ya el pintoresco vocabulario de la cárcel, y había perdido toda idea de vergüenza y pudor.

Un día presencié una escena horrible.

Disputábanse la posesión de una moneda de dos reales, que probablemente pertenecería á otro, dos presos; el uno era casi un niño; el otro un hombre grueso, fornido, casi un gigante; éste

dió una bofetada al joven, que ligero como una ardilla, se agarró á las piernas del hombrón y antes de que pudiera arrojarle de sí, le introdujo una navaja enorme por la cintura.

El hombre quedó muerto instantáneamente.

Cuando preguntaron al muchacho de dónde había sacado aquella navaja, contestó que el muerto se la había dado y que le estaba enseñando á manejarla. Aquello sí que fué *al maestro cuchillada.*

En la portería pasaba yo las horas muertas presenciando los mil incidentes diversos que se producían á cada momento con ocasión del ingreso de nuevos presos y de la llegada de personas que iban á visitar á los inquilinos de aquella casa.

Llegaba un preso, y después de haber tomado su filiación en la portería, cuando iba á ser conducido al departamento que se le destinaba, echaba á andar gallardamente delante de sus acompañantes, diciendo:—«Ya sé, ya sé donde es.»

Otro, al entrar conducido por un guardia, saludaba afectuoso á los porteros y empleados, como quien se encuentra muy contento por hallarse otra vez entre gente conocida. Parecía como que volvía á su casa.

Una mujer se desataba en improperios contra la justicia porque su marido no estaba aún en comunicación, y negaba absolutamente que

hubiese motivo para que el hombre estuviera preso, porque todo había sido una mala voluntad, haciendo de él un elogio que, á ser justo, era preciso confesar que su marido podía compararse por lo inocente con un niño acabado de nacer. Sin embargo, estaba preso por robo con escalamiento y fractura.

Luego llegaban dos mujeres que, sin conocerse, preguntaban por un mismo preso, y este encuentro daba lugar á una terrible escena entre ambas, y aun llegaban á las manos si no lo impedían los circunstantes, y de tal modo escandalizaban, que ambas se quedaban sin ver al infiel, y eran llevadas á la autoridad por desacato y escándalo.

Apenas terminado este escándalo, producíase una escena cómica y triste con motivo de haber encontrado dentro de una tortilla, que una esposa amante llevaba al cautivo esposo, una carta en que se le hablaba de un *negocio* que traían entre manos amigos y compañeros suyos, cuyas operaciones dirigía él desde la cárcel como jefe supremo de la partida.

Singular contraste formaba con la desfachatez de tantas personas de malísima facha y desvergonzada actitud que visitaban á ciertos presos, la tristeza, el abatimiento, la vergüenza, la desesperación de infelices padres, de míseras madres, de atribuladas esposas que iban á ver á sus hijos ó á sus maridos criminales. ¡ Pobres

séres, víctimas de la culpa de los que debían haber sido en el mundo su consuelo y su sostén, sufrían horrible dolor al penetrar en aquel lugar de infamia, y llenos de abnegación, iban á llevar consuelo, á decir palabras de esperanza y de amor á los hijos ingratos, á los maridos malvados!

Cinco meses pasé en aquella cárcel, todo el tiempo que duró la influencia de D. Domingo Puertas, y en ese tiempo tuve ocasión de conocer las más extrañas historias, que, publicadas, parecerían inverosímiles, los más agudos y terribles dolores, las más espantosas miserias y los lances más cómicos del mundo.

En cada hora había allí ocasión de reir á carcajadas y de llorar con la mayor aflicción: junto al drama más tremendo se representaba el sainete más ridículo; las pasiones más impetuosas y avasalladoras se confundían con los vicios más repugnantes; al lado del valor indomable se veía la cobardía más ruín... Aquello era un mundo horrible; era el infierno del mundo.

Sin las frases de consuelo y esperanza que me prodigaba Carmen, sin su amor, hubiese muerto desesperado en aquella casa fatal, en aquella atmósfera mortal para todo hombre honrado.

¡Feliz quien no ha respirado nunca el aire inficionado de la cárcel!... Por muy desventurado que haya sido en el mundo, podrá decir que no ha sufrido la mayor de las desventuras.

XXVII

¡LIBRE!

Una mañana vino Román muy contento.

—Traigo una buena noticia, me dijo.

—¿Cuál?... He visto desvanecidas tantas esperanzas, que ya desconfío...

—El ministerio cae hoy.

—¿Y qué?

—Pero hombre, ¿todavía se empeña V. en no ver que la política influye mucho en la suerte de usted?

—Confieso á V. que me asombra siempre esa noticia. Ya he referido á V. el motivo del odio entre D. Domingo Puertas y yo...

—Sí; pero, contra la voluntad de V. se ha creído otra cosa, y más vale. Yo he tenido, en obsequio á V., buen cuidado de no desmentir esa versión; al contrario, he inventado lo que usted no se puede figurar, para hacer creer que usted es un político de primera categoría; un liberal de los más tenaces y arrojados.

—Soy el héroe por fuerza.

—Pues, como digo, el gobierno cae, y vuelve á entrar el ministerio que cayó cuando el lance entre D. Domingo y V., aquel mismísimo gobierno del que era V. tan entusiasta y apasionado.

No pude menos de reirme oyendo á Román.

—Sí, señor, entusiasta, todo lo más entusiasta que se puede ser de un gobierno. Y será usted un infeliz si esta vez también desaprovecha la ocasión que se le ofrece de hacer suerte. No tiene V. más que aceptar el cargo que indudablemente se le ofrecerá, y entrar en la vida política, que es muy productiva en este país; usted tiene talento y puede hacer un gran papel. En fin, me voy á adquirir noticias, y si hay alguna de importancia, volveré. El gobierno cae, no tenga V. duda; ¡oh! y si no cayese, era yo capaz de sublevarme, de levantarme contra él... como un solo hombre.

Y se fué precipitadamente, lleno de buen deseo y de interés por mí.

Román era lo que se llama un buen amigo.

No volvió aquel día, pero por la noche me escribió con lápiz en un papel:

«Triunfamos. Cayó el enemigo. Trabajo sin descanso, y será V. feliz si no es tonto.»

El día siguiente noté gran movimiento entre los empleados de la cárcel.

Iban y venían, el alcaide estaba muy preocupado, en el interior del edificio había más sol-

dados que de costumbre, y á la alcaidía llegaban personas desconocidas.

Pregunté á uno de los presos, al que había pagado, según todos los indicios el asesinato de su virtuosa mujer.

—Es que van á poner en capilla á Pérez, me dijo, y su acento revelaba un terror, una inquietud que demostraba bien claramente lo que le decía en semejante ocasión su atribulada conciencia.

—¡Ah! exclamé con pesar, ese infeliz es el que asesinó á su bienhechor para apoderarse de la herencia. Dios tenga piedad de su alma.

Y poco después vino el alcaide, y me dijo:

—Venga usted, si quiere ver á ese desgraciado.

Seguí al alcaide maquinalmente.

El reo salió de su calabozo, y respiró con satisfacción; salía de la oscuridad, y veía la luz, y el aire acariciaba su rostro.

Fué conducido á la habitación preparada para capilla, y en presencia del juez, del alcaide y de otras personas le fué leída la sentencia.

El desdichado inclinó la cabeza sobre el pecho, y dijo con una triste y apagada voz, que á todos nos conmovió:

—Es justo.

Hiciéronle firmar la notificación, y fué entregado á dos venerables sacerdotes y á los piadosos hermanos de la Paz y Caridad.

Yo entré con el alcaide tras el condenado.

Este se volvió, miró en derredor, dió un grito y cayó en mis brazos llorando; llorando le recibí yo; él no me conocía, y había caído en mis brazos maquinalmente, acaso porque entre todos los que estábamos allí, yo sólo era joven como él.

Entre sollozos, que casi le impedían hablar, me dijo con acento lleno de amargura:

—¡Hermano mío!

—Sí, tu hermano, le contesté, tu hermano que te ama y te compadece, tu hermano por la voluntad de Dios, de Dios que ya te mira sin enojo y te perdona.

Estas palabras de consuelo le reanimaron.

—¿Quién es V.? me preguntó más sereno.

—Soy, le dije, un pecador como V., un preso como V.

—¿Preso?... ¿Por qué?

—Por haber maltratado públicamente á un hombre infame que me había ofendido.

—¡Ah! no es V. un hombre como yo, porque yo soy un sér abominable, un malvado... Es justo, es justo el castigo.

Los sacerdotes, que habían dejado pasar aquellos primeros momentos, se acercaron á él, le abrazaron amorosamente, y le preguntaron si tenía algo que decirles.

—¡Oh! exclamó, mucho, mucho, toda mi vida, todas mis faltas, todos mís crímenes.

—Dios es misericordioso, y te perdonará.

—Solamente Él, por serlo tanto, puede perdonarme.

Dejé al reo con los curas y fuí á salir.

—Amigo mío, me dijo, vuelva V.; al entrar aquí he caído en brazos de V., y V. me ha dicho palabras de amor y de caridad. ¿Quiere V. ser mi amigo en estos dos días, últimos de mi vida?... Siempre he tenido malos amigos; á lo menos tendré un amigo bueno durante cuarenta y ocho horas.

—Volveré, le dije, y salí sin poder contener el llanto.

En la cárcel había un silencio inusitado.

El patio estaba tan en calma como si hubieran sido trasladados á otro sitio los presos.

Me asomé, y allí estaban todos, allí estaban quietos, mudos, aterrados.

¡Había reo en capilla!

La baraja no funcionaba. Nadie se atrevía á turbar con las canciones de costumbre el imponente silencio; todos se miraban con espanto y todos pensaban en aquellos tristes momentos en el reo; todos pensaban que acaso serían ellos mañana los que se vieran en tan supremo trance.

Había salido yo á esperar á Román, que no tardó en venir.

—Alégrese V., me dijo con grandes voces en cuanto me vió; alégrese V.; está V. libre.

—No es día de alegrías, amigo mío, contesté.

—¡Hombre! exclamó, V. es un hombre singular.

—¿No advierte V. el silencio, la tristeza que hay en la cárcel?

—En efecto, no se oye una mosca; ¿se han puesto malos todos los presos?

—Hay un reo en capilla.

—¡Ah, desgraciado!... Pero en fin, ¿qué hemos de hacer?... Recoja V. lo que quiera llevarse, y vámonos. Abajo tengo un coche, y el alcaide tiene la orden de poner á V. en libertad.

—Poco á poco; yo no me voy.

—¡Hombre, por Dios!... ¿Está V. libre y no quiere salir de aquí?

—No saldré de aquí, amigo Román, hasta qu[illegible]

1090917